

German llevó el vaso a sus labios, y mientras bebía, Estéban hundió el acero en su pecho. Preparó, pues, su escape, y se echó del crimen y un interés científico en asesino; Estéban sentía la atracción que el amigo se convertiera en un asesino, otro deseo diabólico, la muerte. La proposición fue aceptada, y se levantó por el día de sus clientes. Amigo el favor de asistirle; es decir, de aquel no podía legítimamente negar a su victoriosamente retiradas por German. Todas las objeciones de Estéban eran desechadas con una Eya y tan- do la razón a no mediar una Eya y tan- se hubiera prodigado y hubiera trunfa- doncella a su primer amante; su lucha borrachos; Estéban se resistía como una

EL TONEL DE CERVEZA. 97
en su garganta; el cuerpo cayó, no sin lanzar antes una mirada de dolor y de despecho. German acusaba a su amigo de no haberle dejado beber el último trago. —La noche ha llegado; es preciso borrar las huellas del crimen; cerremos la ventana y mondemos el cadáver para cumplir la postrera voluntad de este pobre amigo. ¡Eva será mi esposa! Así decía Estéban, colocando a German en la tarima y despojándole de la ropa. El fenómeno de la insensibilidad quedó al momento explicado, pero de la manera más vulgar y menos científica. Cuando German se quejó de no sentir las palpitaciones del pecho, olvidaba en su embriaguez que entre la levita y el chaleco tenía un gran cuaderno de música comprado aquella misma tarde. —¡Bárbaro de mí! pensó Estéban; sin duda estábamos borrachos cuando olvidamos que los pechos no se reconocen por encima de la ropa.

100 LA GACETA POPULAR.
taban el despacho; más de una joven había suspirado, al verlo se entendía, pensaba el despacho; más de una joven había pertenecido. Algunas veces trató Estéban de relatar a un desvan; pero no se atrevía a salir a la última disposición de su amigo, temiendo que la preocupación por su presencia le mortificaba, sobre todo cuando Eya entraba en el despacho, y extraordinariamente si ésta se detenia a contemplarlo. Creía entonces que el esqueleto iba a decir de un momento a otro: «Yo fui tu prometido; yo debía ser tu esposo.» Pero el esqueleto era prudente y se callaba. El segundo pesar de Estéban le producía su acción de violista. Si Eya le había concedido su mano, fue, entre otras cosas, por tener un recuerdo de German en su mejor amigo; pero exigió a Estéban la promesa, consignada en escritura

EL TONEL DE CERVEZA. 98
razón una y varias veces. Cuando la retiró después de un rato, Estéban estaba pálido como un muerto. En efecto, el corazón de German no se movía. —¿Qué me dices, amigo? preguntó éste mirando a Estéban con ojos aterrados. —Voy a ser franco: aunque hablas y tus músculos se mueven y funcionan tus sentidos, para mí eres un cadáver; no hay en tu pecho el menor síntoma de vida; tiene la rigidez de la tabla y la insensibilidad de la piedra. Tus observaciones están conformes con las mías. No he sentido la presión de tu mano, por lo que voy a hacer una prueba decisiva. German tomó una aguja de un escurche y la hundió en su pecho, primero suavemente y después con gran fuerza, hasta que dijo con desgarrador acento: —No hay duda, soy un fósil; estoy petrificado; nada siento. A tan terribles palabras sucedió una pausa solemne:

En los cuentos y en algunos libros religiosos del Oriente, se supone a algunos que ciertos hombres han poseído el don de comprender el lenguaje de los animales. Difícil es averiguar si ha existido o no semejante ciencia, como es dudoso decir si los cuentos se derivan de la historia o la historia se deriva de los cuentos. Parece probable que los animales se comunican entre sí y que sus gritos expresan algo, por lo cual es sensible la pérdida del antiguo y erudito diccionario de su cumplimiento.

EL TONEL DE CERVEZA. 99
A mi hermano político Manuel Mendoza y Salas de Prado, en prueba de cariño, dedico este cuento, que termine el día de su cumplimiento. J. R. B.
Los últimos vapores de la borraquera hicieron ver a Estéban entre las tablas desmenuadas y los arcos del tonel la figura hermosa de Eya, mirándole con coqueteo y perdiéndose al fin entre la niebla.

108 LA GACETA POPULAR.
—Deja que concluya esta parte... esta German tomó otro violín y preludió una sinfonía. —¡Tregua! ¡Tregua! dijo el primero arrojando el instrumento. Y luego, dirigiéndose hacia donde estaba el tonel, exclamó, alzándole entre sus brazos: —De tu interior ha salido Eya, tonel malidito, y temo que aún esté oculto en el fondo; si saliese de él otra vez, mi amistad con German peligraría. Huye, enemiga del instrumento más armonioso y refugiate en otra casa, e indispón a otros amigos. Y arrojó el tonel por la ventana con tal fuerza, que al caer en tierra se desmenuó. Los últimos vapores de la borraquera hicieron ver a Estéban entre las tablas desmenuadas y los arcos del tonel la figura hermosa de Eya, mirándole con coqueteo y perdiéndose al fin entre la niebla.

EL TONEL DE CERVEZA. 106
—¡Imposible! dijo Estéban con acento uncólico. ¿Qué sería entonces de nuestros compañeros de estudio, de los leados de hospitales y de los farmacólogos? Dirían, con razón, que las enfermedades son su patrimonio; la salud pública es un atentado contra la propiedad de los médicos. Es verdad: los intereses creados impiden la reforma. Hubo un rato de silencio en el cual los jóvenes se sentían acometidos de una a cual más extravagantes. Y pronto dijo German con acento caso: —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó. —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó. —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó.

se extinguían los sonidos. Propuso entonces a los mejores operadores de España la ligadura de los sacos, pero ninguno de los médicos consultados respondió de la vida de su mono. El dueño del orangután, que obstinado en aquella idea había llegado a traer a fuerza de observaciones, por el ducto de los maullidos de su gato, las diversas necesidades de este animal casero, empujóse en que los monos, como animales superiores, no podían carecer de lenguaje. Y tanto meditó sobre este asunto y tales experimentos hizo, que concluyó por afirmar que los orangutanes tienen un lenguaje mímico y se hablan por señas en un idioma inalterable, el cual, si fuese comprendido y adoptado por los hombres, sustituiría con ventaja al nuevo idioma universal, que sólo hablan sus autores, si bien no me atrevo a afirmar que lo traduzcan. Aquella idea luminosa, y la certidumbre de que Gestas podía imitar actos

LA GACETA POPULAR. 104
la noche, con pocas probabilidades de buen éxito. El doctor vaciló un instante, y luego pidió papel y tinta; escribió algunas líneas que entregó al padre de la enferma. Cuando el padre leyó el escrito, quedándose lívido y dejó salir al médico. Lo que juzgaba receta era un certificado de defunción en toda regla. Estéban salió de prisa, temiendo que por una reacción milagrosa la enferma abriese los ojos. A pesar de lo avanzado de la hora, había luz en el aposento de Eva. La san- gre de Estéban dejó de circular y quedó aterrado ante aquel solo indicio; luego vió una sombra, que no era la de Eva, proyectándose en las cortinas. El indicio se convertía en evidencia, y la debilidad de Estéban se trocó en un vigor nervioso extraordinario. Abrió con sigilo la puerta de la calle y cruzó las habitaciones lenta, callada y recelosamente, temiendo hacer ruido con

108 LA GACETA POPULAR.
—Lo extraño es que la conversación nuestra, sin embargo de formar parte del sueño, es la que tuvimos ayer tarde. —No brindamos por Eya? dijo Estéban. —Sí, pero fue por la Eya del Génesis. Los dos prorumpieron en una carcajada. Después Estéban empezó a reflexionar, tratando inútilmente de separar en su imaginación lo real de lo soñado. —No caríles en eso, dijo German a Estéban; sería marcar los límites que hay entre la razón y la locura. En aquel momento Estéban distinguía su violín, y descolgándolo, se puso a tocar una marcha diabólica y sinfónica. —Esta es la marcha que improvisé en sueños, cuando Eya salió del salón para no oírme. —Pues te aseguro, le respondió German, que hizo bien en no escucharte: si te oyeras en seguida, me veré en el caso de tocar mi ópera, la que me has prohibido tocar en casa.

LA GACETA POPULAR. 110
PRIMERA PARTE. I. —No hay duda, este pobre animal me quiere decir algo. Así pensaba el Sr. Barrientos, viendo que Gestas, su hermoso orangután, le miraba fijamente y hacía gestos de impaciencia, acaso porque su dueño no le comprendía. Había motivos para dar importancia a todo lo que se refiriese a Gestas: este distinguido mono poseía un instinto de imitación que le hacía apto para toda clase de enseñanza, y manifestaba tal deseo de

derrota, improvisó una fantasía tan satírica y nerviosa, que los niños rompieron a llorar, tembieron los hombres y se desmayaron las señoras. Cuando amaneció el día siguiente, Estéban, que era un buen amigo, volvió a pensar en la Eya de German, de cuyo desaire le consolaban otras Eyas. Aquel suceso no turbó las buenas relaciones de los estudiantes; por eso los mismos objetos, y vaciando un tonel en su gran salón de estudio, que les servía de museo y de taberna.

LA GACETA POPULAR. 112
—¡Imposible! dijo Estéban con acento uncólico. ¿Qué sería entonces de nuestros compañeros de estudio, de los leados de hospitales y de los farmacólogos? Dirían, con razón, que las enfermedades son su patrimonio; la salud pública es un atentado contra la propiedad de los médicos. Es verdad: los intereses creados impiden la reforma. Hubo un rato de silencio en el cual los jóvenes se sentían acometidos de una a cual más extravagantes. Y pronto dijo German con acento caso: —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó. —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó.

110 LA GACETA POPULAR.
—¡Imposible! dijo Estéban con acento uncólico. ¿Qué sería entonces de nuestros compañeros de estudio, de los leados de hospitales y de los farmacólogos? Dirían, con razón, que las enfermedades son su patrimonio; la salud pública es un atentado contra la propiedad de los médicos. Es verdad: los intereses creados impiden la reforma. Hubo un rato de silencio en el cual los jóvenes se sentían acometidos de una a cual más extravagantes. Y pronto dijo German con acento caso: —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó. —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó.

LA GACETA POPULAR. 112
—¡Imposible! dijo Estéban con acento uncólico. ¿Qué sería entonces de nuestros compañeros de estudio, de los leados de hospitales y de los farmacólogos? Dirían, con razón, que las enfermedades son su patrimonio; la salud pública es un atentado contra la propiedad de los médicos. Es verdad: los intereses creados impiden la reforma. Hubo un rato de silencio en el cual los jóvenes se sentían acometidos de una a cual más extravagantes. Y pronto dijo German con acento caso: —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó. —¡Estoy perdido! Estéban le miró con sorpresa. —Sí, amigo mío, continuó diciendo el otro; mi corazón ha cesado de latir algunos minutos. Está completamente borracho, pensó.

Y empezó la diseccion con la seguridad de un profesor que trabaja haciendo esos.

III.

Habían transcurrido indudablemente algunos años. Estéban era un médico famoso: ciegos y tullidos se estacionaban en su puerta, y por las calles le seguían típicos, mancos, ictericos, lazarineros y terciarios, pidiéndole la salud por misericordia. Damas flaquísimas engordaban visiblemente con el tratamiento del doctor, que también disminuía el excesivo volumen de las gruesas. Se le atribuían curas admirables y operaciones atrevidas: sus recetas se consideraban como licencias para vivir, y los moribundos le pedían que prorrogase su existencia. Los chatos sa-

Al lado de Eva estaba el esqueleto de German, ocupando el sitio que le habían usurpado los muebles que él había perdido el conocimiento. Estéban se acordó de un amigo que le había escrito una carta diciéndole que él había perdido el conocimiento. Estéban se acordó de un amigo que le había escrito una carta diciéndole que él había perdido el conocimiento. Estéban se acordó de un amigo que le había escrito una carta diciéndole que él había perdido el conocimiento.

En qué pensaba German? Pronto lo sabremos. En cuanto a Estéban, se entregaba a las ideas más inmorales y egoístas; re- puesto de su terror, había reflexionado que la muerte de su amigo acaso le proporcionaría la posesion de Eva, la cual con esta esperanza se le representaba otra vez llena de atractivo. Y la veía mentalmente, mirándole con amor, tendiéndole la mano y presentándole sus mejillas sonrosadas. Hagamos justicia a Estéban: ningún mal pensamiento había cruzado por su imaginación hasta aquel momento, en que los vapores de la cerveza le ofuscaban. Pero hagamos justicia a la cerveza: al mismo tiempo que inspiraba a Estéban tan malos propósitos, infundía en el espíritu de German la idea del martirio. Este, que había tomado un papel y escribió algunos renglones, dijo por fin con tono conmovido, pero con firmeza. Estéban, cuando su corazón deja de

TERCER CUENTO.

GESTAS, O EL IDIOMA DE LOS MONOS.

rio en que se explicaba la significacion del cacareo de la gallina, del zumbido de la mosca, de la corcujada de la hiena, y la mosca, cuando los estudios filológicos se perfeccionan, hallarán los sabios analogías entre ciertos idiomas humanos y los lenguajes de las aves o cuadrúpedos, que transmigradas de un mundo a otro, pueden haber llegado hasta nosotros. En tanto que se voltea en un pueblo, pueden haber llegado voces en su idioma, que transmigradas de un mundo a otro, pueden haber llegado hasta nosotros. En tanto que se voltea en un pueblo, pueden haber llegado voces en su idioma, que transmigradas de un mundo a otro, pueden haber llegado hasta nosotros.

Guyana, que viven en sociedad, las hormigas, que parecen comunistas, y las monárquicas abejas, nos dirían cómo se consigue el orden en sus formas diferentes de gobierno, puesto que entre los hombres andamos tan mal avenidos, que unos achacan todos los males al sistema republicano, y otros, como el doctor Virey, hallaban este tan sano, que según él, durante la revolucion francesa, entre otras enfermedades, el flato desapareció de la república. Revelacion médica que conceptúo peligrosa, pues divulgada el fenómeno, los hambrientos ó los que por debilidad de estómago padecían aquella dolencia pueden lanzarse a la calle gritando: ¡Viva la república! no por interés político, sino como medida sanitaria (1). Confitemos en que el secreto dejará de serlo pronto en esta edad feliz de los in-

(1). Este cuento se escribió antes de salir de España D. Amadeo de Saboya.

el aliento, y deteniéndose asustado cada vez que su ropa rozaba las paredes, ó cruzaban sus articulaciones, ó el calzado rechinaba. Era preciso no alarmar a los culpables, lo cual les daría tiempo para destruir las pruebas de su falta, y era también preferible terminar de una vez aquel asunto á puñaladas, á soportar continuamente una deshonra sin venganza. Cuando llegó á la puerta de la alcoba se hallaba fatigado, y debió tardar mucho en recorrer aquel camino, porque Eva estaba ya dormida, á juzgar por su respiracion, fuerte y pausada. Estéban sacó una hoja de acero, que en sus manos debía ser un arma formidable, y abrió la puerta de la alcoba. La luz seguía encendida; Eva no se había despertado, y se veían dos bultos en el lecho. El agraviado esposo tomó la luz y se adelantó hacia los culpables; pero de pronto Estéban se detuvo, pintándose un gran terror en sus facciones.

ser útil en la casa, que cada día se observaba en él un nuevo progreso. Introducía á las visitas en el despacho, servía la mesa y llevaba las cartas al correo. Habiendo notado que las criadas pasaban el plumero por unos bustos que adornaban el gabinete, Gestas se presentó aquella noche en la tertulia armado de un plumero, y con la mejor intencion, des- hizo los peinados de las señoras y derribó la peluca á un respetable contertulio. Oyó una vez el Sr. Barrientos que abrian sus cajones; asomóse con precaucion al despacho y descubrió á Gestas tomando unas monedas y mirando recelosamente como quien teme ser descubierto: acto continuo, el mono cerró el cajon, entró en el cuarto de un criado y depositó las monedas en un cofre. Aquel aviso sirvió al Sr. Barrientos para estar vigilante, y pocas horas después descargaba su baston sobre las espaldas de un lacayo á quien sorprendió en el instante del delito. Gestas, que observaba el castigo, escar-

El Sr. Barrientos había enusado en vano todas las maneras de hacer hablar al mono: Gestas, colocado delante de aquel repeta, todos sus movimientos, imitaba su gestacion y movía las labias con presteza, pero sin producir sonido alguno. Habiéndose prolongado por muchos tiempo tan inútiles tentativas de haber consultado Barrientos una obra de Camper (Diss. de organo loquacis sima) en la cual se asegura, que los cranes de Camper tenían el organo vocal muy imperfecto á causa de los racos membranosos situados bajo la glotis en los cuales necesitado para expresarse un lenguaje bra no podía seguir á las ideas: hubieran languidecido poco á poco, porque la pal- La conversacion, animada al principio, salud de todas las entendedades. Habían brindado á la salud de Eva, de si mismos, de las ciencias médicas, del mundo de la corteza, y por último á la salud de todas las entendedades. Los grandes vasos de Bohemia. Aquel día era el aniversario del famoso Los dos jóvenes bebían y lamaban. Habían brindado á la salud de Eva, de si mismos, de las ciencias médicas, del mundo de la corteza, y por último á la salud de todas las entendedades. Los grandes vasos de Bohemia. Aquel día era el aniversario del famoso Los dos jóvenes bebían y lamaban. Habían brindado á la salud de Eva, de si mismos, de las ciencias médicas, del mundo de la corteza, y por último á la salud de todas las entendedades. Los grandes vasos de Bohemia. Aquel día era el aniversario del famoso Los dos jóvenes bebían y lamaban.

taquigráfico; cada trago de cerveza le fundía nuevos pensamientos, y los terrios de la medicina se disipaban á vaso. ¡Bebamos! dijo Estéban; la serria absoluta reside en la cerveza aprendida más en una hora de be que en el estudio de esos cráneos e- dos y de esos libros incompletos. ¡Bebamos! respondió German: bien tengo sed de ciencia. Dame un pedazo de barro y pro hacer un Adán en dos minutos. Sacas una costilla á tu Adán, y la más hermosa de las Evas. La cuestion, añadió Estéban, duce á encontrar el barro, el cual se halla indudablemente en el terreno diluviano, entre el Eufrates, donde estaba situado el. Tienes razon; creemos una raza de hombres vigorosos para su á nuestra generacion, gastada y miza.